

PRESENTACIÓN

Hace ya algunos años que José Álvarez Junco consideró la Guerra de la Independencia y su narrativa posterior como uno de los mitos fundacionales del nacionalismo español decimonónico. Efectivamente, el conflicto bélico contra los franceses y, más tarde, las Cortes de Cádiz marcaron decisivamente la evolución de la España contemporánea, porque descompusieron de manera irreversible las estructuras del Antiguo Régimen en nuestro país, pese a que la vuelta del absolutismo en 1814 alargó la agonía de éste durante dos décadas más. Pero al margen de la transformación estructural de una sociedad, de que ha dado cuenta una ya abundantísima historiografía, hay otros enfoques más subjetivos e intrahistóricos que permiten abordar ese proceso.

Toda revolución, y mucho más si va acompañada de una guerra contra un enemigo exterior, produce un efecto traumático sobre los individuos y los colectivos, obliga a cada uno a replantearse su papel en el mundo y al mismo tiempo genera una avalancha de testimonios, justificaciones, imágenes, discursos y relatos para narrar, explicar y entender lo ocurrido. Estos testimonios configuran toda una «retórica de la memoria», tendente a su vez a dar soporte a lo que podemos denominar, sin abuso, como una «política de la experiencia». Así, el relato historiográfico de esta convulsa primera «revolución española» se construye no solo a través de los documentos que generaron las distintas instituciones de la época, sino también desde las visiones subjetivas y parciales que hicieron públicas algunos de los protagonistas o testigos de los hechos. Los escritos de Quintana, las memorias de Alcalá Galiano o la crónica que en su día publicó el conde de Toreno, por citar algunos, son textos fundamentales que han dejado una huella indeleble en la reconstrucción histórica que hoy conocemos de los acontecimientos que ocurrieron entre 1808 y 1814. Por este motivo, el comité científico del *VI Congreso Internacional Doceañista*, celebrado en la Universidad de Cádiz los días 16, 17 y 18 de marzo de 2010, quiso que este se dedicara, de forma monográfica, al análisis de estas «experiencias» y «memorias», a la valoración de los testimonios que hemos podido recuperar, para conocer mejor cómo los contemporáneos de estos sucesos históricos articularon posteriormente sus vivencias personales y colectivas. Y es que, si compartimos con Pierre Nora que toda generación es «una comunidad de memoria», se trataría de ver si los españoles de 1808 fueron capaces de construir una visión compartida de aquella realidad o

si ya entonces emergieron dos o más maneras de entender y narrar los hechos vividos.

Parece que las aportaciones que se recogen en el presente libro apuntan más en esta última dirección. Esta generación, la que a menudo denominamos ya «generación de 1808», se muestra escindida y diferenciada por diversos factores y su respuesta ante la crisis fue cualquier cosa antes que homogénea. Lo pone en evidencia el trabajo sobre la experiencia popular y los efectos de la contienda en la vida cotidiana; el que aborda la compleja restauración del orden en 1814 entre la revolución y la contrarrevolución; o el que trata sobre los deportados españoles a Francia el tiempo que dura la Guerra de la Independencia: cartas de prisioneros de guerra y de rehenes dirigidas a las autoridades francesas o a sus familiares en España en las que se mezclan unas de marcado signo patriótico con otras de evidente sumisión a la monarquía josefina. Y también el capítulo dedicado a los afrancesados, con una visión totalmente negativa de la Constitución de 1812, en la que otros españoles vieron la panacea que iba a resolver todos los problemas del país. Esta heterogeneidad de planteamientos también se vislumbra en los trabajos dedicados a comentar las actitudes que personajes como Martín de Garay o el propio Jaime Balmes tuvieron ante los cambios políticos y constitucionales que entonces se produjeron. De lo que no hay ninguna duda es del tremendo impacto que la Guerra de la Independencia tuvo en los españoles que la presenciaron o que participaron en la misma. En este sentido, no solo son relevantes las memorias de protagonistas como el general Contreras —que soportó el sitio de Tarragona— o las del autor del llamado «manuscrito Román», sino también las experiencias escritas que dejaron los propios soldados franceses, a través de todas las fuentes testimoniales que se han conservado. Unos extranjeros a los que no dejó de llamarles la atención el papel que el clero regular tuvo en el conflicto al lado del bando «patriota», liderando la resistencia popular, como destacados guerrilleros o publicando todo tipo de panfletos y escritos, en una auténtica «guerra de papel», que cargó de ideología reaccionaria la lucha contra los invasores. Esta ruptura que la Guerra llegó también a las estructuras familiares de las élites tradicionales y puso en crisis la propia noción del Rey-Padre que tanto bien hizo a la estabilidad de la monarquía borbónica a lo largo del siglo XVIII; la ruptura del viejo orden político es también la ruptura de un determinado orden familiar, o viceversa.

Otros planteamientos bien distintos fueron los matices que con posterioridad al conflicto bélico introdujeron en sus escritos algunos destacados personajes de estos años, para diferenciar esta «revolución española» de su homónima francesa de

1789, con el objeto de crear un modelo propio que arrancararía de la crisis de 1808 y culminaría en la Constitución de 1812. Una «reinterpretación» interesada del proceso político gaditano que también harían años después cuatro conocidos liberales —Martínez de la Rosa, Argüelles, Toreno y Alcalá Galiano—, una vez que las instituciones representativas aparecían asentadas, con valoraciones más bien dispares sobre el protagonismo popular en la guerra o la redacción del texto constitucional. Esta valoración contrapuesta de lo que significó la constitución gaditana se hizo todavía más visible en las dos regencias de los años treinta y cuarenta, a medida que se fue produciendo la división del liberalismo español en moderados y progresistas. De esta manera, frente al repudio de los primeros, se produjo la idealización de los segundos, que no dudaron en utilizarla como arma de combate contra sus rivales políticos. Pero este proceso revolucionario español no se quedó limitado al ámbito de las luchas políticas. Como era de esperar también, se trasladó al mundo de la cultura y del arte. Se hizo perceptible en la literatura con el contraste que algunos escritores presentaron entre una juventud revolucionaria y su madurez conservadora y en la utilización de las imágenes como instrumento de la propaganda política, para configurar una concreta memoria visual de los acontecimientos, al servicio de las élites liberales. Finalmente, como mito fundamental del nacionalismo español, la Guerra de la Independencia fue de gran utilidad en el relato historiográfico que construyó la dictadura franquista para legitimar el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, a través de las analogías más o menos subliminales con las que comparó ambos acontecimientos.

Estamos pues, ante un conjunto de trabajos elaborados por reputados especialistas que, con nuevos planteamientos y materiales, realizan un recorrido por diferentes grupos ideológicos o sociales para intentar acercarse al factor humano de la guerra y la revolución, una experiencia y una memoria que nos previenen de lecturas unívocas y falsamente unitarias del proceso histórico, ya que la experiencia y la memoria humana son, por definición, diversas y parciales. La suma de todas las luces refractadas por este prisma de la subjetividad es la que acaso nos permita conocer mejor esta primera «revolución española» y el papel determinante que tuvo en la configuración de la España contemporánea.

Fernando Durán López – Diego Caro Cancela